

en una harpía sin entrañas, en un foco de maldad y corrupción, en un ente inútil, é infecundo para llenar los altos y sagrados fines que le señaló la Providencia.

No comprendemos ese afán vertiginoso de muchos escritores norteamericanos y algunos de la vecina República, en querer cambiar las bases en que descansa la sociedad, predicando el divorcio y otros absurdos sociales que trastornarían el orden de la naturaleza.

Utopistas extravagantes que queréis sumergir á la mujer en el lodazal materialista, donde se marchite su hermosura en tan fétidas emanaciones, y se sequen los santos y levantados sentimientos que la enaltecen, para que arrastrada por un histerismo orgánico se aminore su desarrollo moral y físico y envejezca antes de tiempo, adquiriendo un aspecto extenuado, asqueroso y repugnante: ¿No habéis observado que la mujer en todas las fases de su vida no es más que amor y siempre amor? ¿Cuándo la paternidad ha tenido los disgustos, los peligros, los sufrimientos, los dolores ni los incommensurables placeres que trae en pos de sí el dictado de *madre*?

El que llamamos *sexo bello*, será, siguiendo las doctrinas positivistas que propagan Stuart Mill, Bachoffen, Lubbock, Girardin, Dumás (hijo) y otros excéntricos pensadores, el sexo envilecido, que habrá degradado la dignidad humana, el sexo descocado y revoltoso, perturbador y atrabiliario, que lejos de ser el amparo de los pobres y desvalidos, el dulce consuelo en todas las desgracias de la vida, se habrá convertido en laboratorio de iniquidad, de corrupción y de desórdenes morales y domésticos.

No somos nosotros, por cierto, de aquellos que niegan á la mujer iguales facultades que al hombre; por el contrario, le concedemos las mismas, y quizá alguna de ellas desarrollada con mayor perfección. Tampoco pondremos en duda su privilegiada aptitud para desempeñar determinadas profesiones y marcados ministerios; pero falta saber, si las condiciones con que Dios le plugo dotarla, si sus funciones en la sociedad civil, si las circunstancias peculiares á su sexo y las cualidades propias á su manera de ser, no presentarán obstáculos que hagan incompatibles su santa y honrada misión en el seno de la familia y en la educación de la primera edad, con el desempeño de profesiones especiales, como la medicina (aun cuando se limite al sexo), el derecho, ó el ejercicio de las armas y el desempeño de cargos oficiales; si su organismo de mujer, en fin, no encontrará obstáculos á los estudios anatómicos, á las disecciones ó á estos minuciosos trabajos para descubrir el lugar que debe ocupar entre los seres de la creación, ocupaciones y estudios todos que la colocarían en una esfera algo apartada de la propia y peculiar á su sexo, la esfera de la familia y del hogar, cuyo fuego sagrado ha de alimentar con su amor y sus solícitos cuidados.

Semejantes exigencias no son de estos tiempos, ni corresponden á los positivistas; se tuvieron ya en la época de Aristófanes. Sólo la religión de Cristo enalteció á la mujer, emancipándola de la esclavitud y levantándola del fango en que la ignorancia y el paganismo la tenían sumergida, para colocarla sobre el trono de sus virtudes; el Catolicismo la hizo igual al hombre como hija querida de Dios y patrocinada por la Virgen María; le dió representación en la sociedad legitimando sus derechos por leyes canónicas superiores á las civiles, santificando el matrimonio y elevándolo á sacramento.

Recordaremos lo que ha estampado el Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, en el *Estudio biográfico y literario del Sr. Doctor D. Estanislao Reynals y Rabassa*, hablando de las instituciones fundamentales del derecho civil, la familia, la propiedad y la sucesión. «Respecto á la de la familia, dice, la unidad, como carácter; la autoridad paterna, como base; la sumisión como medio de educación; la desigualdad, como condición natural, son sus principios fundamentales. Estos son los elementos de la familia natural, y en ésta se encuentran, según Reynals, los elementos de la familia jurídica. Y á la verdad así enseña la historia que ha sobrevivido al través de los tiempos la familia-tipo, la familia que podemos hoy llamar cristiana. Pero ¿cómo se forma? No por el matrimonio civil, sino por el matrimonio religioso; y religioso, nó como en la sociedad pagana, sino como en la sociedad cristiana.» «Hé aquí, continúa el Doctor Durán y Bas, como lo describe nuestro consocio: «La ceremonia religiosa »en la antigüedad consistía tan sólo en poner bajo la protección de los dioses la »unión celebrada para que dieran á los contrayentes prosperidad y ventura acá »abajo, librándoles de los caprichos y reveses de la fortuna y haciéndoles aquélla »cada día más propicia; y en la sociedad nueva el sacramento es la santificación »de los contrayentes para que con ella se mantengan puros sus sentimientos, »ardiente su entusiasmo de servir á Dios en su estado, inquebrantable su resignación en las adversidades, viva la luz que les ha de guiar á ellos y á su prole »en su peregrinación por la tierra hacia el cumplimiento de sus deberes y á »la vida eterna.» *El que cuida de las avecillas del cielo*, — tiene la sociedad nueva escrito en su frontispicio, — *no puede abandonar al hombre*; y el que ha dicho que el matrimonio era indisoluble y santo, ¿no daría, dice la sociedad nueva, á los que le celebran bajo sus preceptos y su fe, la santificación que necesitan para llenar los preceptos y los designios del Criador?—Este es el matrimonio cristiano: religioso, porque es indisoluble; indisoluble, porque es religioso. No es su religiosidad é indisolubilidad un hecho como casual y transitorio, cual en el paganismo: es el hecho necesario y constante; es la buena semilla que no necesita sino tiempo para alfombrar la tierra de verdor y hermosa.

»El matrimonio civil, continúa el Sr. Durán y Bas, por el contrario, no es más que el naturalismo; tiene todos los caracteres de mero contrato; y si le acompaña algún acto religioso es mera ceremonia, pero no condición constitutiva de él. Sin duda que, aparte de la revelación y de idea religiosa, demuestra la razón que el matrimonio es, por su índole, indisoluble; pero la razón, añade Reynals, no afirma un naturalismo en cuya virtud el Estado puede atar y desatar. Por el matrimonio no se hace cada uno en la unión objeto del derecho de otro, cosa cambiante y cambiada; no vive el hombre para sí, sino para Dios; y reproduciendo las profundas palabras del Cardenal Arzobispo de Santiago establece que en el matrimonio parece que Dios se asocia al hombre y á la mujer, tomándolos como un instrumento, como una concausa para continuar la creación de seres racionales. Con él ha de producir Dios una criatura racional que le conozca y adore. Véase, dice, si todo esto es la *cosa* del contrato. Por esto, ni aun con la libertad de cultos se justifica el matrimonio civil; su introducción en España es incompatible con el modo de ser de un pueblo eminentemente católico; innecesaria, aun cuando la constitución establezca la libertad de cultos; irregular por su forma, comparada con los diversos sistemas seguidos sobre esta materia por otras naciones de Europa; falsa en su base, por no ser de la competencia del Estado dar y quitar á la unión conyugal sus caracteres esenciales; corruptora de la moral social, porque suprime todo elemento santificador de la relación entre los dos sexos; peligrosísima para los mismos principios de unidad é indisolubilidad que proclama, porque la lógica ha de conducir al repudio y al concubinato como en el mundo antiguo; é injustificable por las razones políticas y sociales que se invocan en su defensa.

»Y de la misma manera, prosigue, que del matrimonio civil, es adversario del divorcio. No lo tiene por una conquista de la razón y de la filosofía. Lo habían admitido las sociedades antiguas porque en ellas el Estado absorbía al hombre entero, la religión era parte del patrimonio, el padre tenía el *ius vite et necis*, la mujer era poco menos que esclava, y todo, todo era humano. Pero en la sociedad moderna una de las más grandes obras del Cristianismo es la divinización de la familia, y con ella la indisolubilidad del matrimonio. Este representa algo más que dos voluntades que se unen: en él hay la representación viva del enlace de Jesucristo con la Iglesia. «¡Cómo!—dice—Hombre y mujer han adquirido derecho, el uno en el cuerpo del otro, de mancillar la obra divina; y este derecho no ha de tener por punto de partida y por término sino su libre albedrío, y esta unión nada más ha de representar que dos miradas que se han atravesado, dos voluntades que se han confundido! Tanto hubiera valido no haber derribado el mundo antiguo; como hubiera valido ser en el alma y en las leyes, paganos.» Y con el ejemplo de lo acontecido en

la Edad media confirma lo civilizador del principio de la indisolubilidad del matrimonio; y acusa al código civil francés de no haber visto más que la obra de la filosofía de su tiempo haciéndonos retroceder diez y ocho siglos, y volviéndonos allá de donde nos separan un lago de sangre de los mártires y un largo período de contiendas y de luchas. Distinto el espíritu del mundo antiguo del de el mundo moderno, distinta la civilización pagana de la civilización cristiana, no pueden menos de ser distintos el espíritu y el carácter de las instituciones jurídicas de una edad y otra; y «hé aquí, dice, porqué el matrimonio cristiano es tan diferente del de los paganos así en sus efectos como en su eficacia. En la antigüedad el principio es: *en el matrimonio religioso ó no religioso, como en los contratos, los actos se extinguen de la misma manera que se han hecho existir, y se disuelve con la difarreación el matrimonio que con la conarreación se había celebrado. El hombre no separa lo que Dios ha unido, es el dogma de la sociedad nueva...*; y en ésta el sacramento es la santificación de los contrayentes...»

Hoy se enseña en la docta Alemania un materialismo grosero y perturbador, cuando en tiempos no muy lejanos dominaban de un modo absoluto las escuelas de Kant y de Hegel. Es que la filosofía idealista á fuer de sublimarse y espiritualizarse ha caído en descrédito para ceder el campo á otras doctrinas excesivamente exageradas, más perjudiciales, en verdad, que las sostenidas por aquellos pensadores. Tal es la condición de la ciencia en todas sus manifestaciones desde su origen, según hemos tenido ocasión de observar.

Otros filósofos contemporáneos, hombres de gran mérito y saber, observadores constantes de la naturaleza y astrónomos profundos, abogan con abundante copia de datos y repetidos estudios, por la teoría que da á conocer la pluralidad de mundos; teoría que fué indicada y sostenida por muchos sabios de la antigüedad y de otras épocas no muy lejanas.

¡Ah! ¡Cómo desconocer que en todos los tiempos la contemplación de la inmensidad de los cielos ha despertado la curiosidad de los doctos y de los ignorantes? Los infinitos astros que giran en el espacio inconmensurable, el estudio de sus revoluciones periódicas; las especulaciones más ó menos verídicas que juiciosas sobre su habitabilidad, acerca los organismos con sus formas caprichosas, la existencia de nuevos seres en cada uno de estos lejanos mundos con sus condiciones especiales; la realidad de distintos sistemas planetarios con sus respectivos centros de atracción, sus planetas y cometas propios ó de aquellos que pasan de uno á otro sin conocer la filiación, y los demás movimientos que se admiten para nuestro sistema solar; las nebulosas; la vía láctea y otros muchos problemas astronómicos pancósmicos que hoy siguen el impulso de la corriente, sin que puedan resolverse más que hipotéticamente, iniciados ya

en las primeras edades del hombre, sostenidos con entusiasmo por unos y negados por otros durante la preponderancia de las escuelas griegas, aceptados después de luchas y controversias por muchos filósofos de Roma en medio de sus extravíos y contrariedades, sacados de la oscuridad por los alejandrinos, diversamente apreciados durante la Edad media; pero vueltos á la luz en el Renacimiento, para ofrecerse con todo su esplendor por los libre pensadores del siglo pasado, siguiendo hasta nuestros días, ya en libros serios y elocuentes, ya en obras superficiales y festivas ó en estudios conciliadores; nos enseñan, más que otra cosa, la inconveniencia de mezclar la Religión cristiana con las concepciones y estudios astronómicos, filosóficos y científicos, sujetos en general, á continuas controversias, á modificaciones sin cuento, á especulaciones del momento para interpretar los fenómenos de la naturaleza bajo un punto de vista diferente.

Cuando fuera de todo dogma religioso estudiamos los progresos de la astronomía, de la física, de la química, de la historia natural, de la biología y de la antropología; cuando vemos las maravillas que se dan á conocer por medio de los nuevos instrumentos y aparatos de amplificación; cuando examinamos las ventajas que todos estos estudios y descubrimientos proporcionan al bienestar de la humanidad, que, á la verdad, es todo el anhelo y afán á que se consagra el Catolicismo de un modo preferente; no podemos menos de admirar los altos designios de la Providencia que viene siempre á socorrer los desvelos y sinsabores del hombre entregado á conocer los arcanos de la ciencia.

La naturaleza se presenta siempre majestuosa y esplendente, donde quiera que se la contemple; ella ha inspirado en todos los tiempos á aquel que ha sabido interpretarla. Hemos indicado que en las civilizaciones del Oriente, ha habido muchos modos y maneras de manifestar y dar á conocer los fenómenos que se observan en los espacios celestes, y las conjeturas más ó menos aceptables acerca la naturaleza, forma y habitabilidad de los innumerables mundos que ruedan en ese aparente y engañoso infinito; estudios que han sido objeto de serias investigaciones, sobre todo, de atrevidas hipótesis y sagaces teorías. Para nosotros, son enigmáticos muchos de los escritos que se ocupan de esta materia, y la manera y forma de interpretarlos; no podemos apreciar la intención de sus ilustres autores, y hasta que punto pueden y deben admitirse como descubrimientos formales y concienzudos, con especialidad los que corresponden á la Edad media, al Renacimiento y á los siglos posteriores hasta nuestros días.

Las escuelas de la antigüedad hasta el Cristianismo, cuando quisieron descorrer el velo que cubre la idea de los mundos para ellas hipotéticos, no presentaron principios concretos, claros y definidos en el terreno tangible de la

ciencia. Verdad que no conocieron los instrumentos ópticos de amplificación de que se dispone en el día; así es que Lucrecio dió á conocer después, los dogmas que el materialismo de Epicuro había establecido, Plutarco siguió luego la ruta emprendida y Cleombroto y otros sabios griegos y latinos no se detuvieron ante ningún obstáculo, y de sus talleres imaginarios salieron las ficciones más atrevidas y extravagantes que jamás haya podido concebir la inteligencia humana. Es una novela no interrumpida, cuyas descripciones fantásticas y diabólicas arrebatan al lector, y donde la mitología con todas sus gracias y defectos, unas veces punzantes y otras jocosas ó serias, sirven de solaz y pasatiempo. ¿Y, por qué no hemos de conceder á los retóricos y poetas, filósofos y literatos de aquellos tiempos su indisputable mérito en todas estas producciones, en las cuales siempre encontramos algo cierto y verdadero y mucho de curioso para la ciencia?

Viajes á la luna, casi siempre satíricos ó escritos con marcada malicia; excursiones por los planetas, en las que los autores alardean de conocimientos astronómicos y físicos, ó de observaciones curiosas; visitas á los espacios interestelares; investigaciones acerca las manchas lácteas y las nebulosas, que representan al telescopio aglomeraciones de infinidad de mundos que la mente apenas puede concebir; descubrimientos admirables y sorprendentes con el espectroscopio que con frecuencia traspasan los límites de lo científico; inducciones más ó menos bien fundadas que se presentan con todas las galas de la poesía; hipótesis probables que no repugnan á la razón ni ofenden al buen sentido, cuando se las despoja de la fábula y de lo ridículo; afirmaciones ó interpretaciones siempre peligrosas, porque su punto de partida es un dato desconocido ó de dudoso origen en la ciencia; posibilidades que se hallan fuera de la órbita de lo probable y del criterio razonable; hé aquí lo que encontramos en todos cuantos estudios se analicen sobre los viajes por las regiones etereas, desde la India ó el Egipto de los griegos, romanos y alejandrinos hasta los hombres con alas de murciélago observados en nuestros tiempos en la luna; descubrimiento que se atribuyó al señor John Herschel y cuyos dibujos recordamos perfectamente y los viajes de Poe y Boitard, que traen á la memoria á Nicolás de Cusa (sabio cardenal de la Iglesia romana que hemos dado á conocer), Cyrano de Bergerac, Godwin, Kepler, Huygens ó Fonténelle y otras muchas novelas científicas escritas con gracejo por autores ilustrados, como las del señor Julio Verne, basadas, en verdad, en las ciencias de observación y experimentales; pero que en el fondo no son más que *novelas*.

La imaginación del hombre es muy fecunda. Negar esta verdad sería una solemne injuria al linaje humano. Y este sér inteligente, que comparado á la tierra que le sustenta es un individuo imperceptible, insignificante, microscó-

pico; átomo invisible ante la inmensidad y grandeza de la creación; ente miserable y raquítico, que para algunos mal humorados, no tiene importancia y ha salido del seno de las aguas, del mónero, de la plasticula, ó de donde mejor les plazca; sabe, no obstante, inventar y crear en su fecunda fantasía miles de miles brillantes concepciones, que con sagaz ingenio trasporta á otras esferas y á otros mundos, viajando por los espacios llamados infinitos é insondables, donde aplica lo poco que conoce de real y evidente y se halla bajo su inmediata inspección en el pequeño globo en que mora, á los grandes y desconocidos que brillan en la inmensidad de los cielos, valiéndose de la suposición, de la posibilidad y de la hipótesis. El hombre, imagen creada á semejanza de Dios su creador, será muy diminuto si se compara á la tierra, como pretende el racionalismo, y más aún si esta comparación se lleva al planeta Saturno ó á Júpiter; pero ese sér microscópico, que apenas se divisa para estos extraviados pensadores, está dotado de una imaginación que abraza el Universo, su razón alcanza más allá de lo inconmensurable y su fecundidad recuerda á cada instante su divino origen. ¡Por qué empequeñecer y deprimir tanto al hombre!

Nosotros no disputaremos sobre la pluralidad de mundos. Es una hipótesis como otras muchas, que tendrá algunas probabilidades bajo el punto de vista teórico y del sistema inductivo. ¡Ojalá la ciencia invente nuevos aparatos que le permitan llevar el campo de las observaciones en lo grande y en lo diminuto fuera del terreno de las conjeturas! ¡Ojalá que no tengamos que acudir al ridículo, á la crítica ó á la fantasía para recordar que en todos tiempos y épocas la pluralidad de mundos ha sido aceptada por muchos sabios! Hoy podemos conceder ó negar esta hipótesis, según convenga á las especulaciones filosóficas, científicas ó religiosas. Las mismas razones hay para lo uno que para lo otro, á pesar de los datos que proporciona la observación telescópica, de la inspección analítica de los aerolitos, de las investigaciones espectrales y de los progresos del cálculo que en estos estudios se prodiga con profusa liberalidad. Los señores Meunier y Daubrée llaman *Geología comparada* ó *Geología sideral*, al estudio que aplica á todos los planetas de nuestro sistema las leyes geológicas de la tierra, fundándose en comparaciones entre la constitución de los aerolitos y de las rocas que se encuentran en la superficie de nuestro esferoide.

Todas las interpretaciones sobre la pluralidad de mundos se hallan, por ahora, bajo el imperio fatal de la *suposición* y de la *posibilidad*. Así es, que cuantos han tomado la noble tarea de defender al Cristianismo han colocado los misterios del dogma en el resbaladizo terreno de una discusión científica sujeta á interpretaciones más ó menos forzadas que peligrosas, las cuales excitan los ánimos, y como dice el señor Th. Henri Martin, la ciencia aun no ha

probado nada en pro ni en contra acerca la hipótesis de la pluralidad de los mundos.

Y, que es muy posible que estos mundos existan en condiciones apropiadas para que puedan estar poblados de seres orgánicos, sea en buen hora. Ya Lucrecio en su magnífico poema sobre *La naturaleza de las cosas*, lo había indicado con brillante lenguaje y poético estilo: «Todo este Universo visible no es único en la naturaleza, decía el poeta latino, y debemos creer que hay en otras regiones del espacio otras tierras, otros seres y otros hombres.» Hé aquí bien indicado por uno de los sostenedores más sobresalientes de la escuela materialista de Epicuro, uno de los problemas difíciles de resolver y que tanto han



Bios.

enaltecido muchos pensadores modernos. Si hoy ha despertado la curiosidad de los astrónomos buscar las analogías que pueden existir entre el globo de la tierra y la inmensidad de mundos que se mecen en las regiones etereas; si apoyados en la inducción y el telescopio pretendemos penetrar por esas masas astronómicas que cual puntos fosforescentes nos indican su desconocida naturaleza; si renaciendo en nosotros aquellas emigraciones y encarnaciones que revelan las primeras teogonías del linaje humano, donde por medio de la observación y el estudio al través de la fantástica ilusión celeste, cuyo purísimo azul fascina todos los días nuestra vista, buscamos concepciones reales, existencias positivas, sistemas sostenidos por estudios realizados durante repetidos si-

glos, no será difícil encontrar en los pueblos antiguos todas cuantas ilusiones pululan hoy entre los sabios de las escuelas increíbles del siglo XIX, como manifestación explícita de una filosofía positivista, que en su esplendorosa metafísica, por más que dice rechazarla, pretende derribar las creencias que emanan de la Religión verdadera.

El señor Faye con su autorizada voz nos ha dicho, que fuera del planeta Tierra, sólo dos de nuestro sistema tienen probabilidades de reunir las condiciones astronómicas para la vida; y la luna, único globo donde pudiera afirmarse con certeza, no tiene condición alguna para que esté poblada de habitantes ni para que la vida permanezca en ella. Si el señor Faye, que tiene ante la ciencia adquiridos iguales títulos y consideraciones que todos los demás sabios que han hablado de la pluralidad de mundos no se ha engañado, claro está que semejante hipótesis será, tal vez, otro de tantos delirios inventados y sostenidos para afianzar la extravagante doctrina de los espiritistas.

Séanos permitido trasladar las opiniones conciliadoras manifestadas por el R. P. Félix, en una de sus conferencias sobre *el Génesis y las ciencias modernas*, dadas en la cátedra del Espíritu Santo de Nuestra Señora de París, al ocuparse de la interpretación de los principales misterios del Cristianismo.

«La narración de Moisés, dice el sabio orador católico, hace de la tierra el centro de toda la creación: y el dogma católico también la considera como el teatro reservado para los grandes designios de Dios. En ella, Dios se ha encarnado; solamente este polvo terrestre fué tocado por los divinos pies y regado por la sangre reparadora. Y, según la enseñanza católica, únicamente la tierra sostiene á la inteligencia y á la vida; sólo en ella Dios ha dejado caer seres inteligentes y libres, capaces de hacer subir hasta Él el himno universal que canta la creación. Ahora bien ¿fué razonable circunscribir á este punto el teatro de la vida y las manifestaciones de la gloria de Dios? ¿no parecen los astros hechos expresamente para servir de sostén á seres vivientes? ¿no es también más digno de la idea que debemos tener del Creador, pensar que por todas partes existen seres capaces de conocerle y de publicar su gloria, que despojar al Universo de todos los seres inteligentes, reduciéndolo á una profunda soledad en donde no se hallasen más que los desiertos del espacio y las espantosas masas de una materia inanimada? Por otra parte, ¿por qué este planeta que ante la inmensidad de los cielos es como una gota de agua en el Océano y como un átomo en medio de los soles, por qué este pequeño planeta hubiera de ser el sólo en la creación honrado con la presencia de la vida? ¿Y cómo admitir que Dios haya confiado á este imperceptible rincón del Universo á los solos testigos inteligentes de su sabiduría y de su poder? Nó, nó; que el Cristianismo lo tenga por dicho: la ciencia moderna no admitirá ya esta hipótesis de la

teoría cristiana; no renunciará ya á sus conquistas. Al Cristianismo corresponde ver y decidir si quiere romper con la ciencia, ó marchar con ella por las nuevas sendas que cada día se abre á través de los cielos.

»Parece á primera vista que esta objeción había de desconcertarnos. Nada de eso, sin embargo; y yo pudiera con una sola palabra satisfacer á todos los sabios que hicieran de esta objeción de la moderna ciencia una razón perentoria contra el Cristianismo. Pudiera decirles: ¿queréis absolutamente descubrir habitantes en la luna; queréis encontrar, en las estrellas y en los soles, hermanos en inteligencia y en libertad; y como dicen ciertos genios que aspiran á la visión intuitiva de todos los mundos, queréis saludar desde lejos, á través de los espacios, sociedades y civilizaciones astronómicas? Sea. Si no tenéis otras razones para romper con nosotros, nada se opone á que os tendamos la mano y á que nos tendáis la vuestra. Poned en los mundos siderales tantas sociedades como os plazca, bajo la forma y en el grado de temperatura material y moral que queráis imaginar; el dogma católico es en esto de una tolerancia tal que os va á sorprender: solamente os pide no hacer de estas generaciones siderales una posteridad de Adam ni una posteridad de Cristo.

»En verdad, sobre esta grandiosa hipótesis, científicamente y bajo el punto de vista de la demostración rigurosa, hay bastante que decir, y sobre todo bastante que desear. Durante largo tiempo aun, para demostrar que el sol, la luna y las estrellas sostienen la inteligencia y la vida como nuestro planeta, buscaréis un axioma, un punto de partida, de donde pueda surgir con el brillo de la evidencia una conclusión rigurosa. Suponed que Dios quiso hacer de un átomo el centro de la creación: ¿quién, pues, entre vosotros, osaría alegar contra la sabiduría divina, y, en nombre de la ciencia, convencer de absurdo á Dios? Y en este caso, señores, ¿fuera tan absolutamente absurdo suponer que Dios hubiese concedido á la tierra, á pesar de lo infinitamente escaso de su importancia material, un privilegio escepcional en la creación? Concedido que Dios ha escogido á la tierra para posar en ella el pié y desarrollar por completo el gran misterio de la Encarnación y de la Redención, ¿quién no ve que la tierra, por esta vocación de preferencia, adquiere en la universalidad de las cosas una dignidad que la eleva mil veces más que el privilegio de la masa y de la extensión material, y que una gota de la sangre divina, la hace más grande que todos los soles y todas las estrellas juntas?

»Pero, en fin, ¿se quiere absolutamente que los planetas, los soles, las estrellas tengan sus habitantes, capaces como nosotros de conocer, de amar y de glorificar al Criador? Yo me apresuro á proclamarlo, el dogma no lo repugna, no niega ni afirma nada sobre esta libre hipótesis. La economía general del Cristianismo concierne á la tierra, nada más que á la tierra; abraza á la huma-

nidad, nada más que á la humanidad; á la humanidad descendiente de Adam y redimida por Cristo. Fuera de esta gran economía del Cristianismo tocante á la humanidad adámica, ¿deben admitirse en los globos celestes naturalezas inteligentes que tengan alguna analogía con la nuestra? José de Maistre cuya austera ortodoxia á nadie se oculta se inclinaba á creerlo; grandes pensadores en el Catolicismo se inclinan á ello igualmente; y es muy pobre y desautorizada mi propia opinión, para que os manifieste sobre este punto mis preferencias personales. Mas en lo que concierne al dogma católico, del cual esta mi palabra quiere ser siempre fiel intérprete, *no solamente no siente ningún embarazo ante esta gran hipótesis*, no me arredra el decirlo, sino que *encuentra un recurso* para contestaros á vosotros mismos, y un arma más para defenderse contra vuestros propios ataques.

»Hay una cosa que es para muchas inteligencias una piedra de escándalo que las detiene en el camino, y un arma de la que se hace uso para atacarnos mejor: es el número relativamente pequeño de los justos y los elegidos que alcanzan su fin. ¿Cómo Dios, que es todo bondad, ha podido crear á la humanidad, teniendo en su infalible vista la caída de la mayoría, si no de la universalidad? Señores, yo no discuto por el momento el valor intrínseco de esta dificultad; pero me pregunto: ante la hipótesis posible de la pluralidad y de la habitación de los mundos, ante las perspectivas inconmensurables que abre ante nosotros, ¿á qué se reduce ese escándalo tan retumbante del pequeño número de los elegidos y del gran número de los condenados? Si, como se pretende, todos los mundos tienen su población de seres inteligentes proporcionada á su volumen y á su importancia material; y si, como podemos suponer, todos esos seres, permanecidos fieles á la ley de su vida, deben alcanzar el objeto de su existencia, ¿á qué se reduce entonces la defeción de la humanidad culpable en el plan general de la Providencia, si no es como una discordancia apenas perceptible en el concierto universal?»

Somos de sentir que estos razonamientos del sabio teólogo cristiano no satisfarán á los positivistas, ni mucho menos á los racionalistas y ateos; porque la pluralidad de mundos es la negación de la Encarnación y de la Redención.

El espíritu anticristiano viene sosteniendo su audacia desde los primeros siglos de nuestra era; pero se presentó más sutil y atrevido al comenzar la escolástica y en las últimas evoluciones de la Edad media; y su descaro lejos de disminuir ha crecido después, hasta el punto de haber acariciado la desconsoladora idea de que podría acabar con el Catolicismo. Se quiere que la Religión marche al compás de las ciencias filosóficas y experimentales, y que sufra los embates y vaivenes de las pasiones mundanales; se pretende que la Religión sea la consecuencia del mundo fenomenal. Esto es absurdo. ¡Desgra-

ciada religión que tal hiciera! Entonces dejaría de ser el sentimiento íntimo encarnado en la esencia de la humanidad y el pan espiritual que alimenta el alma del hombre; entonces ya no sería religión, sería, sí, uno de tantos delirios sistemáticos presentados con más ó menos ingenio y erudición por un espíritu atrevido y reformador. La Religión de Jesucristo, no nos cansaremos de repetirlo, es inmutable, sus dogmas son inquebrantables, sus preceptos no varían, siempre son los mismos cualquiera que sean las evoluciones de las ciencias en el siglo que corremos ó serán en los venideros. La Iglesia al penetrar con paso firme en el último quinto del siglo XIX, no ha cambiado, conserva incólume sus principios dogmáticos que conservará hasta la consumación de los tiempos.

¿De qué se quejan? ¿Habría habido ninguna otra institución religiosa que haya seguido con más tino y prudencia el desarrollo paulatino de sus dogmas y preceptos que el Cristianismo? ¿Se conoce alguna otra que haya sufrido mayores persecuciones, castigos y sinsabores que la Religión de Cristo? Siempre dulce, tolerante y civilizadora, atrae los corazones, habla al entendimiento, modifica las costumbres y usos que perjudican á la moral y pueden perturbar la tranquilidad y el bienestar de las familias. La Religión católica es Religión de paz, de progreso y de fraternidad.

En todo aquello que se halla bajo el dominio del hombre, se pretende descubrir esa ley que antes indicamos, llamada *ley del progreso*. Progreso indefinido dicen, pero lento; que manifiesta la marcha azarosa de la humanidad, los esfuerzos de la inteligencia y las controversias que han suscitado las distintas apreciaciones de las escuelas sobre el mundo fenomenal; empero la Religión católica, como revelada, se halla al abrigo de estas vicisitudes y de las opiniones filosóficas; y las ciencias experimentales y de observación han podido seguir sus distintos derroteros, sin que aquélla haya cambiado los fundamentos dogmáticos.

Hay, con efecto, cierta marcha progresiva en el desenvolvimiento científico de la humanidad, y en sus aplicaciones á las necesidades de la vida social; sin embargo, el libro de la historia nos recuerda á cada momento la opulencia y esplendor de muchos pueblos y regiones que hoy se ven yermas y abandonadas ó arrastrando una existencia azarosa bajo el peso de una miseria horrible y de un embrutecimiento que no puede concebirse. ¿Cómo ha desaparecido el esplendor de la India, la grandeza del Egipto y la prosperidad de muchas zonas asiáticas? ¿Por qué estos pueblos antiguos no han seguido la ley del progreso que se presenta como *ley universal*, constante é ineludible?

Uno de los sabios ingleses contemporáneos, por cierto hijo de la secta protestante, el honorable señor de Macaulay, ha dicho de un modo terminante

que el Catolicismo y el Papado son imperecederos. El mismo sabio declara que «la Religión no es progresiva, y los progresos de la ciencia no tienen nada de común con la Religión. Un hombre muy ilustrado, continúa el señor Macaulay, puede creer ciertos misterios que la razón califica de absurdos; y por esto se ven en pleno siglo XIX, aceptadas por las clases elevadas de la sociedad las más groseras supersticiones.» Dígase lo que se quiera, aunque entre las variadas escuelas y sectas filosóficas, alguna habrá presentado á la explicación razonada ó á la discusión especulativa los problemas y teoremas más ó menos afines con el dogma católico, los mismos escritores de nuestros días que se ocupan de estas graves cuestiones, después de discutir cuanto de más sublime y sagrado tiene el Cristianismo; después de haber pretendido demostrar aquella engañosa idea de que la filosofía preparó el Cristianismo; después de manifestar á la faz del mundo con el mayor descoco su antagonismo á la autoridad de la Iglesia, vienen concediendo de *motu proprio* y por su especial criterio, que el Cristianismo no es una copia ni imitación de ninguna filosofía, que existen diferencias entre ellas y que la superioridad del Cristianismo sobre todas las escuelas y sectas filosóficas es innegable. Contradicción manifiesta que por sí sola sería suficiente para demostrar sus diabólicos planes. ¿Será, acaso, este elogio con alguna intención malévola? No lo creemos; pero en tal caso no desconocemos tampoco el objeto que lo motiva. Es incontestable que de aquí á la Revelación mosaica, no hay más que un paso.

Á pesar de todo ¿cómo no reconocer los progresos que las ciencias experimentales y de aplicación práctica en todas sus manifestaciones, habían alcanzado al principiar el presente siglo? ¿cómo no admitir los grandes descubrimientos y sorprendentes aplicaciones á las comodidades de la vida, que como continuación, hemos presenciado en nuestros días? ¿cómo no apreciar debidamente las inmensas ventajas que ha reportado la sociedad con tan útiles como trascendentales beneficios? ¿cómo olvidar, en fin, las mejoras materiales que constantemente se realizan y los inventos reproductores que siempre refluyen en ventaja y á favor del hombre, ya perfeccionando las costumbres, mejorando sus hábitos, aumentando el número de sus goces, haciendo más soportable su posición, enalteciendo su dignidad y elevándolo á la altura que de derecho le corresponde como criatura humana hija de Dios y hecha á su semejanza? Todos estos progresos y adelantos la Iglesia católica los reconoce, es más, los protege y ampara.

El estudio de la naturaleza, el descubrimiento de muchas de sus leyes y las aplicaciones á las necesidades de la vida y de la sociedad, proporcionaron multitud de adelantos en las artes y en los oficios que mejoraron desde luego las condiciones físicas de los pueblos. La naturaleza es el libro sublime y el gran

monumento que Dios ha dado á los hombres para que ejerciten su actividad intelectual y conozcan la Omnipotencia divina; la naturaleza es el misterioso laboratorio donde se estudian los maravillosos fenómenos de la materia y las leyes que los dirigen. Estudios que separan al hombre de los brutos, especialmente cuando se tiene la insensatez y se pretende compararle con la especie antropoidea.

En el conocimiento físico y moral del hombre están condensados todos los conocimientos, accidentes y atributos de la primera y más importante de las creaciones. Es un *macrocosmo* que representa la obra mejor acabada y perfecta que saliera de las manos del Supremo Artífice; *substratum* ó materia unida á un espíritu racional que obedece á las leyes eternas que no pueden modificarse ni variar por el capricho ó la conveniencia de los sabios.

El hombre es el único sér viviente que eleva su pensamiento á las regiones del infinito, que perpetúa su paso por la tierra, que trasmite á sus semejantes cuanto ha podido saber y aprender, y deja imperecedoras sus concepciones y las fantásticas ilusiones de su brillante imaginación. Sus deseos, sus propios estudios sobre cuanto le rodea, sus minuciosas investigaciones van más allá de la tumba y traspasan los límites de la vida. Por esto en el día el hombre constituye un sér aparte, distinto de los demás animales, á quienes estudia, mientras que él por ninguno es siquiera requerido. ¿No basta la nobleza de su alma, el sentimiento moral y lo sublime de sus funciones psíquicas? El sabio y distinguido señor Flourens, que no puede ser sospechoso á los materialistas, ha dicho «que existe un abismo profundo entre el hombre y las demás especies, y que no hay lazo ni puente alguno, ni género, ni familia inmediata al género y á la familia humana.» El *reino hominal* está ya aceptado por distinguidos naturalistas. La terquedad del respetable señor Bourgeois, que ha vuelto á iniciarse, sobre el hombre de la época terciaria, fundada en unos cuantos pedernales rodados de la caliza de la Beaulice, nada prueba como hecho científico.

Se han intentado muchas cosas y realizado todos los esfuerzos imaginables para demostrar que el hombre existía antes de la época que la Revelación bíblica señala á Adam, y como esto no haya sido posible, se ha acudido á la socorrida idea de las evoluciones lentas y sucesivas.

Esta es otra hipótesis eventual, indemostrable, que también encuentra sus graves dificultades y se halla desechada por los profesores que rechazan el trasformismo de las especies.

Aquí recordaremos con el señor de Agassiz que «hubo un tiempo en que los seres con vida no existían; la geología nos lo demuestra. Las leyes que entonces regían la materia no han cambiado, son iguales á las de hoy, las cuales

no pueden dar origen á la vida; de modo que las circunstancias exteriores nunca fueron bastantes para producir ningún organismo viviente. Dios *debe haberlos creado.* ¡Idea sublime, pensamiento profundo que no nos cansaremos de repetir!

No es de escasa importancia y frívolo concepto admitir que el reino homínal descende de un padre único, ó que para el linaje humano ha habido diferentes creaciones. El materialismo y el positivismo buscan en vano en la ciencia datos para probar estas soñadas creaciones, con las cuales negarían el pecado original y el misterio de la Redención. *Demostremos, dicen, que la humanidad no es un reino único, que no descende de Adam, que ha habido diferentes creaciones representadas por las familias y razas diversas que pueblan los continentes, y habremos destruido todo el sistema en que descansa la mayor parte de las creencias cristianas.* Todos estos atrevidos y diabólicos pensamientos, se han visto frustrados ante los progresos de las ciencias experimentales y de observación que ellos mismos invocan.

No negaremos por cierto que la higiene pública y privada y la policía sanitaria estuvieran descuidadas en poblaciones de importancia, como dice el señor Draper; pero por fortuna en nuestra España, dominada por los sarracenos, se conocían de muy antiguo algunos reglamentos que permitieron utilizar los progresos de la ciencia, y sobre todo del buen sentido, en beneficio de la generalidad, cuyos preceptos se conocieron y se observaron al ir realizando la reconquista. Educar, dirigir y cultivar las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, ha sido el objeto preferente del Catolicismo donde quiera que ha tenido influencia, auxiliado de los gobiernos así en Europa como en América.

Los adelantos de las ciencias de aplicación fueron y son en el día la panacea salvadora de las clases productoras; todo está sujeto á la industria y aplicación del hombre. Desde el origen del Cristianismo ¿cuántos descubrimientos y adelantos no registra la historia? ¿cuántos beneficios no ha permitido la Omnipotencia de Dios en bien de la humanidad?... Las industrias se desarrollan y progresan todos los días de un modo pasmoso, y la actividad humana se deja sentir por todas partes; la tintorería y fabricación de estampados adquieren de continuo nuevos mecanismos y sólidos colores naturales ó artificiales; se ha introducido el blanqueo por el procedimiento bertholiano; se inventan otras máquinas para la estampación con varias tintas; se emplean reservas y contramordientes, y se consiguen colores sólidos por doble descomposición; las máquinas para la fabricación de hilados y tejidos de seda, lana, lino, cáñamo y algodón y otras materias textiles alcanzan una perfección inconcebibles; la imprenta toma un vuelo sorprendente y todos sus ramos accesorios adquieren grandes y ex-

traordinarias mejoras; adelantan prodigiosamente la litografía y cuanto de ella depende; la sosa ficticia de Leblanc, el alumbrado por el gas, la calefacción, el conocimiento de nuevos ácidos, la extracción de la gelatina, la fotografía, las artes cerámicas, la metalurgia, las del jabonero y del curtidor, la fabricación del cristal y vidrios planos y huecos, el uso del fósforo, los abonos artificiales para la agricultura, la destilación de los aceites volátiles y purificación de los fijos, la elaboración y mejora de los vinos, alcoholes y aguardientes, las bujías esteáricas, las de parafina y el papel continuo, la aplicación del esparto como materia textil, la del palmito y de la celulosa en general para el papel común, las telas metálicas, las impermeables, los charoles y barnices, las materias explosivas... y tantos y tantos descubrimientos como cuenta tan sólo la historia de la química aplicada hasta alcanzar nuestros tiempos, indican la in-



Goethe.

fluencia de los estudios experimentales en el bienestar de la sociedad. Todos los ramos de la física y de la historia natural han corrido también hacia su desarrollo progresivo; la aplicación del vapor como fuerza motriz fué á la vez el motor de la civilización; el empleo de la electricidad dinámica, la fijación de las imágenes por la cámara oscura sobre una superficie convenientemente preparada; el electro-magnetismo con sus grandiosas y gigantescas aplicaciones al telégrafo, á la electro-dinamia y á la galvano-plastia en todas sus acepciones; el alumbrado con sus acumuladores que permiten fraccionar el fluido condensado; etc.; etc.; las ventajas de los adelantos de la mecánica y de la hidráulica; los teléfonos, los megáfonos y los termófilos; la combustión del gas del alumbrado como generador de fuerza, y la quema de los gases que aquella produce como fuente de calor, con otros cien más que podríamos presentar, son otras tantas pruebas que dan á conocer la superioridad del hombre

sobre los demás seres de la creación. Y, nótese, que no mencionamos los pasmosos adelantos de la agricultura, porque el señor Draper no la recuerda para nada. ¡Cosa extraña para un hombre de su ciencia! ¡Descuido que sus émulos no han de perdonarle!

En vano se presentarán como motivos de objeción, esos desgraciados entes humanos abyectos y empobrecidos, degradados y hasta envilecidos frente de una civilización potente y vigorosa, que viven en apartadas regiones como si estuviesen relegados del mundo inteligente, en los cuales los rudimentos más elementales de las ciencias no han penetrado aún; seres que no conocen el sentimiento del pudor y en los que la mayor parte de las ideas subjetivas están todavía latentes; corazones apagados donde la moral no ha hecho vibrar aún las fibras de la virtud. Empero estos entes humanos marchan con la cabeza erguida, sienten el daño que les infieren sus enemigos y las ingratitudes de sus compañeros, aprecian y comparan las defecciones de sus amigos y, en los momentos de desesperación, levantan los ojos y las manos al cielo por un sentimiento interior que ellos en su lenguaje, siquiera sea imperfecto y limitado, no pueden explicar. Estos seres degradados y abyectos conocen siempre á sus hijos, conservan el instinto y tienen deseos, y cualquiera que sea su civilización se presentan con la estación vertical, tienen cuantas propiedades esenciales se reconocen por los anatómicos y biólogos en el sér humano civilizado, propiedades que les separan en absoluto de los antropoideos.

Estos hombres incivilizados hoy, fueron en algún tiempo civilizados; tienen inteligencia práctica y en todos se descubre el instinto industrial y artístico que algunas veces se ha desarrollado en grado prodigioso. Es que estos seres, como individuos del gran reino hominal, obran hoy sólo á impulsos de un sentimiento íntimo y desconocido, en virtud de una tendencia inexplicable y de una fuerza irresistible, que los arrastra por el escabroso camino de la perfectibilidad para que se desarrolle ese germen desconocido que tuvieron en otros tiempos y que constituye el distintivo primero del sér humano sobre todas las especies que admite la zoología.

Mucho se ha exagerado también por el señor Draper, el progreso del pueblo norte-americano, que nosotros estamos muy lejos de negar; progreso plausible y humanitario que todo el mundo reconoce, si bien no son admisibles las causas á que atribuye tan sorprendente fenómeno de su país. Tierra virgen y fecunda aquélla, regada por multitud de ríos, navegables los más, que la cruzan en todas direcciones; sociedad exuberante de vida y hospitalaria por sus nobles y libres pensamientos; pero que en ello entra también en mucho el cálculo, la especulación y la conveniencia; país que recibe en su seno los emigrados políticos de la civilizada Europa y del mundo todo, que van á introducir los

adelantos y descubrimientos de la industria, de las artes, de la agricultura y del comercio de los siglos XVIII y XIX, emigrantes á quienes tiene librada carta de naturaleza; nacionalidad vigorosa que aumenta sin obstáculos; actividad creciente metalizada que sigue desarrollándose por el imperio de las circunstancias, bajo el influjo mágico de la ciencia moderna y con capitales reales de mucha respetabilidad y nominales de gran consideración; centro universal, que como dice el ilustre señor Claudio Janet, está entregado al lujo, á la disipación y á la banca; donde se han perdido los lazos sociales y de familia en pos del omnipotente *dollar* que todo la avasalla y domina; nación en la cual el *dios dinero* es el tutelar, pues para el yankée no hay más que el dinero, ¿qué le importa la honra, la virtud y la moralidad, si en cambio existe la riqueza?



Macaulay.

Por esto aseguran algunos publicistas que la ciudad de Nueva-York es la más inmoral que existe en el mundo; y, en fin, según ha consignado el señor Hepworth Dixon: «La sociedad anglo-americana está desconcertada por una multitud de enfermedades de las mujeres, mesas giratorias, sociedades anti-conyugales, falansterios de *amor libre*, libertad de afecciones y hasta *clubs antimaternales*. ¿Cómo se atreve nadie á equiparlo con las conquistas de Méjico y el Perú por los españoles? ¿qué analogía existe entre aquellos pueblos y sus conquistadores y el nuevo pueblo norte-americano? Preciso será que el señor Draper al hacer semejantes comparaciones haya cerrado sus ojos á la luz de la razón y sólo esté inspirado por un sentimiento repulsivo hacia los españoles, que casi en su totalidad profesan el Catolicismo; de otro modo no nos explica-